

- serán algunos que envidioso por ambición y traidor hasta el fin, el general Don Manuel Castillo y Rada diere la orden de endrobar el pendón de Castilla, en saliendo él a remitir personalmente las llaves confiadas en hora mala a su fingido patriotismo.

Para tranquilizaros, Señores, basta señalaros la presencia de Soublotte, y de él que la Historia había de distinguir un día con el elegante título de Gran Mariscal de Ayacucho, entre las murallas que se proponían asediar, los enemigos mas encarnizados de la Independencia Americana.

Siempre generoso, Bolívar conocedor del peligro que corrían sus hermanos, envió a la desgraciada ciudad, los recursos de que disponía. En fin, de todos los pechos, salió como de común acuerdo, la resolución inquebrantable de aceptar la lucha por desiquál que fuese; antes que perder lo que se había conquistado en cinco años de guerra titánica. Sabéis lo demás: el asedio, la resistencia, el hambre, la evasión, las condiciones de paz y la traición.

Aquello, Señores, fue

una desgracia, fue propiamente un revés, pero aquel revés de 1815, viene como sombra a realzar las indescriptibles hazañas, y bizarras figuras del hermoso lienzo de la Independencia, cuya primera pincelada fue dada por Francisco Morales el 20 de Julio de 1810 y la última, nueve años después, el 7 de Agosto de 1819 por Bolívar blandiendo su espada victoriosa, sobre el puente de Boyacá.

Las represalias que usaron los españoles, en la Costa, el 6 de Diciembre de 1815, prueban de su crueldad y mala fe, a la par que justifican la enérgica resolución, y constante propósito de los jefes patriotas pero no desdichan de estos. Desde luego que Cartagena había resistido, continuaba la epopeya, y la ocupación temporanea de aquella ciudad no alcanzaba a poner en peligro la causa de la libertad.

Bien sabían los prohombres quienes dirigían las operaciones militares del ejército patriota, que en toda empresa de utilidad general, nadie se ha de desalentar por alguna que otra desgracia individual y separada.